

El libro está escrito con erudición y amenidad. Se detalla lo que puede interesar al turista acerca de los monumentos alcalaínos y de la trascendencia de este período para Ignacio y la Compañía. Ha sido muy cuidada la presentación: espléndido papel, letra clara, abundancia de fotografías, encuadernación que hace posible un manejo fácil para quien se mueva por las calles de Alcalá, un plano que ayuda a seguir el recorrido que sugiere la *Guía* y una bibliografía final para quien desee más información sobre los temas abordados.

Es una buena ayuda para quien quiera unir arte, historia y devoción, para quien quiere conocer un poco más la figura de Ignacio, aquel universitario atípico que revolucionó Alcalá en los meses en que vivió allí y que recibió tanto que guardó siempre un espléndido recuerdo y quiso, ya en 1545, que se estableciesen allí estudiantes jesuitas bajo la dirección del P. Francisco de Villanueva.—RAFAEL M.^a SANZ DE DIEGO, S.J.

JULIÁN CASANOVA, *La Iglesia de Franco*, Madrid, Temas de Hoy, 2001, 323 pp., ISBN: 84-8460-080-7.

La actuación de la Iglesia ante la represión ejercida por los nacionales durante la posguerra española sigue siendo uno de los temas más conflictivos de la historiografía eclesial contemporánea, particularmente porque es todavía mucho el trabajo por hacer y escasas las fuentes de información que se poseen. En este sentido, la obra que ahora pasamos a comentar, escrita por el profesor de la Universidad de Zaragoza Julián Casanova, constituye una de las más interesantes aportaciones al estado de la cuestión.

Sin embargo, nosotros consideramos que esta monografía presenta tanto luces como sombras, tanto elementos laudables como criticables. Hay que decir, antes de nada, que frente a lo que el título pudiera hacer creer (una Historia de la Iglesia a lo largo de los casi cuarenta años de dictadura franquista), en realidad la monografía se concentra exclusivamente en lo que los historiadores llaman «primer franquismo», que para algunos llega hasta 1959 (Plan de Estabilización, visita de Eisenhower, convocatoria del Concilio Vaticano II) y para otros hasta 1953 (Acuerdos con los Estados Unidos y Concordato con la Santa Sede). En realidad, no tiene particular importancia ninguno de los dos límites cronológicos, porque la mayor parte de la narración transcurre en los años cuarenta, con una notable mención a lo sucedido en la Guerra Civil y alguna incursión en los años cincuenta.

Comenzando por los aspectos positivos, debemos reconocer la capacidad investigadora de Casanova, quien se hizo con un manuscrito inédito de 314 páginas que ha constituido la columna vertebral de su libro. Escrito por el capellán de prisiones Gumersindo de Estella y con el título de «Mis Memorias sobre “Tres años de asistencia espiritual a los reos” (22 de junio de 1937-11 de marzo de 1942)», este manuscrito representa una de las más estremecedoras visiones de lo que fue el odio fraternal que había sembrado la Guerra Civil, y que llevó a los «nacionales», vencedores desde el 1 de abril de 1939, a eliminar de manera sistemática a los republicanos. Más allá de lo que Estella pudiera narrar, la obra de Casanova tiene como fin fundamen-

tal proporcionar una imagen negativa de la Iglesia. Y, en concreto, de la generación episcopal que llevó las riendas de la institución durante aquellos duros años.

Es precisamente con motivo de la actuación de los obispos cuando el lenguaje de este historiador se hace particularmente agrio. Casanova tiene palabras muy duras hacia Pedro Cantero, quien queda como una especie de triste figura siempre al servicio del franquismo; hacia Marcelino Olaechea, a quien otorga un justificado ultraconservadurismo ideológico; o hacia Herrera Oria, que a pesar de ser hombre de demostrada capacidad intelectual (antes de ordenarse sacerdote ganó las oposiciones de abogado del Estado) y francamente piadoso, es acusado por Casanova de tener nula capacidad para percibir las importantes desigualdades sociales. Ello nos lleva a hacer la primera crítica hacia Casanova, porque éste, no sabemos si deliberadamente o no, olvida que Antonio Pildáin, Obispo de Las Palmas, obligó a sus sacerdotes a que no colaboraran en el proceso de denuncia de sospechosos por republicanismo a lo largo de la posguerra, así como hizo varios desaires a Franco con motivo de la visita del Caudillo a Las Palmas en 1950 y atacó el sistema vertical imperante en el sindicalismo de la época; olvida también que Vicente Enrique y Tarancón, décadas más tarde líder de la Iglesia española y en ese momento Obispo de Solsona, arriesgó hasta en tres ocasiones su brillante futuro episcopal con varias cartas pastorales donde denunciaba las desigualdades económicas y sociales; olvida, igualmente, que el Cardenal Segura fue una pesadilla del franquismo, y sobre todo de Serrano Súñer, cuando era Arzobispo de Sevilla; y olvida que Mateo Múgica, Obispo de Vitoria, estuvo a punto de ser asesinado por elementos del Régimen cuando la guerra aún no había concluido. Y no sólo la actuación episcopal. Si uno lee detenidamente el libro de Javier Tusell, *Franco y los católicos. La política interior española entre 1945 y 1957*, se apercibe de que la propia negociación del Concordato de 1953 fue un proceso muy duro y espinoso para los representantes españoles (Martín Artajo y Castiella), lo cual nos habla de una actitud generosa pero no totalmente entregada del catolicismo. Con ello no pretendemos desmentir lo que fue real: que la Iglesia estuvo al lado de Franco por lo menos hasta el Concilio Vaticano II, y que el silencio de muchos, por no decir la colaboración de algunos obispos, fue un hecho durante la represión, además de que el propio Vaticano se inhibió de impedir ese ajuste de cuentas.

Sin embargo, el problema estriba en que, en ocasiones, el libro de Casanova parece, no ya generalizar, sino incluso totalizar, y la Historia nos enseña que siempre hay excepciones, que en todas las actuaciones de las personas hay muchos matices, y que los hechos deben verse en su contexto adecuado. Es cierto, como reconocería la *Asamblea conjunta de obispos y sacerdotes* en septiembre de 1971, que la Iglesia no supo ser instrumento de la reconciliación y de la paz entre los españoles durante aquellos años (tanto los de la guerra como los de la posguerra), pero no hay que olvidar que es igualmente cierto que la Iglesia tuvo muy difícil alternativa: o apoyaba una legitimidad política que durante la república se había mostrado anticlerical (y que durante la guerra se llevaría a la tumba a nada menos que siete mil sacerdotes y religiosos, además de un alto número de seglares que todavía están pendientes de estudio), o bien, como finalmente hizo, se situaba al lado de Franco y se dejaba beneficiar por lo que era su mayor aportación, que no era otra cosa que el control de las conciencias de los españoles y un soporte institucional para un bando, el «nacional», que en un primer momento sólo pudo legitimarse a través de la victoria en la guerra.

En ese sentido, quizá una crítica evidente que se puede hacer hacia Casanova es el propio título que le ha dado al libro: *La Iglesia de Franco*, que da la impresión inicial de que se está tratando en conjunto el tema de la Iglesia a lo largo de los casi cuarenta años de dictadura. Cuando comprobamos que esto no es así, que en realidad el libro prácticamente ni llega al Concordato de 1953, y que se centra en el aspecto más terrible de la represión franquista y cómo la Iglesia, en algunos casos, la apoyaba, y en otros miraba para otro lado, nos percatamos del pequeño error. De hecho, la imagen de la portada del libro resulta parcialmente inapropiada: la de Franco portando la cruz de Cristo. Esta imagen es cierta, pero también podría haberse añadido la del Cardenal Tarancón detrás del féretro del asesinado Presidente del Gobierno Carrero Blanco, en diciembre de 1973, escuchando cómo los más adictos al Régimen le decían la ya famosa expresión de «Tarancón al paredón». Tanto lo uno como lo otro pertenece al mismo tema, la Iglesia durante el franquismo, pero nosotros sólo vemos una. Los católicos fueron, en efecto, una familia institucional de gran calado para el Régimen, sobre todo hasta 1959, en que se convoca el Concilio Vaticano II, pero también un importante quebradero de cabeza de éste a partir de este Concilio Ecuménico, hasta el punto de que se negaron abiertamente a la firma de un Concordato renegociado.

No obstante, el libro aporta también elementos positivos. Uno que resulta muy interesante es el que se refiere a cómo se salvaron todos los obispos que no cayeron en manos republicanas (los cuales mataron a doce prelados y un administrador apostólico), narrando los acontecimientos Casanova con un estilo muy ágil y francamente ameno. Sin embargo, ese lenguaje que hace fácil la lectura y comprensión, muestra, en ocasiones, una ideologización, hasta el punto de que el autor es capaz de repetir la misma frase dos veces [«La Iglesia y el Caudillo caminaron asidos de la mano durante cuatro décadas» (pp. 293 y 305)]. Tal ideologización a veces llega a ser muy acusada, hasta el punto de que «nubla», en parte, la visión de las cosas por parte del autor. Cuando Casanova asegura que Franco murió «bendecido por la Iglesia, sacralizado, rodeado de una aureola heroico-mesiánica que le equiparaba a los santos más grandes de la historia» (p. 292), sólo dice la verdad de manera parcial: esta afirmación se corresponde con la actuación del Obispo de Cuenca, Guerra Campos, que se atrevió a comparar el calvario sufrido por Franco durante su enfermedad con el padecido por Cristo, pero Casanova se olvida de que, por ejemplo, Setién, Obispo de San Sebastián, no habló más de dos minutos de la muerte de Franco en su homilía, y que Infantes Florido, Obispo de Las Palmas, tuvo incidentes con algunos de los asistentes por el aséptico tratamiento que le había dado a la muerte del Caudillo en su sermón. Es cierto que Marcelo González, Cardenal Primado de Toledo, dijo en el funeral de Franco los más encendidos elogios hacia el dictador, pero no es menos cierto que, si ese funeral fue oficiado por González, fue porque las autoridades habían vetado al Cardenal Tarancón, en ese momento Presidente de la Conferencia Episcopal, debido a su continuo enfrentamiento con el franquismo tras convertirse en líder de la Iglesia española. Y es cierto que Pío XII no se preocupó más que de no se matara a los prisioneros republicanos en la posguerra, proponiendo que se les internara en campos de concentración, pero resulta igualmente verídico que Pablo VI fue un duro rival siempre para Franco y que llegó a condenar unas ejecuciones realizadas del Régimen, al mismo tiempo que le pedía la renuncia al privilegio de presentación de obispos.

Por todo ello, la obra de Julián Casanova es una aportación interesante, necesaria e importante, pero que también debía haber sido trabajada con un mayor rigor. Porque en la Historia hay tendencias hacia un lado u otro, pero muy difícilmente, por no decir nunca, una absoluta unanimidad en todos los hechos.—PABLO MARTÍN DE SANTA OLALLA SALUDES.

ALEXANDER FIDORA - JOSÉ G. HIGUERA (ed.), *Ramon Llull: Caballero de la fe. El arte luliana y su proyección en la Edad Media*, Pamplona, Cuadernos de Anuario Filosófico / Serie de Pensamiento Español, 2001, vol. 17, 127 pp., ISSN: 1577-1296.

El presente volumen, número 17 de la serie de pensamiento Hispánico Medieval, responde a un proyecto de investigación dirigido desde el Departamento de Filosofía de la Universidad de Navarra —bajo la dirección del profesor Juan Cruz Cruz— que estudia, principalmente, la filosofía española y en especial la que tiene lugar desde los siglos XII al XVI, y su proyección hacia la filosofía moderna. Dicha labor se pone a disposición del público filosófico en ediciones sólidamente preparadas, dando a conocer las obras más significativas de la lógica, la ética, la metafísica y la psicología producidas, básicamente en lengua latina, por los pensadores de ese período. Además de las mencionadas ediciones, se realizan estudios monográficos sobre temas sistemáticos y corrientes filosóficas, acogiendo también una línea de traducción de clásicos considerados como fuentes de tal pensamiento, v. gr., San Buenaventura, Santo Tomás, Duns Escoto, etc.

Este volumen en especial, con el título *Ramon Llull: Caballero de la fe. El arte luliana y su proyección en la Edad Media*, resulta inédito en su presentación y formato. Todos los autores son miembros del *Instituto Brasileiro de Filosofia e Ciência Raimundo Lúlio «Ramon Llull»* (www.ramonllull.net), fundado en 1998 por Esteve Jaulent, quien firma la nota introductoria del presente volumen que resulta un diálogo polifónico y, por qué no, interdisciplinario, versando la investigación luliana, cuya principal meta consistía en alcanzar la unidad científica. Para Llull, la razón analiza, compara y combina las ideas universales, formando los axiomas o principios científicos, que resultan en verdades claras y evidentes, y apoyando en ellas, lógicamente, las demostraciones y las pruebas. Es su famosa *Ars*, instrumento-llave en su cruzada intelectual.

Su apostolado poseía un ideal de universalidad, pues desde un primer momento sin rechazar el latín, utilizó el árabe, que era lengua intelectual de la época, y el catalán, lengua comercial y diplomática.

Por eso tuvo que crear la lengua de su patria, con algunos años de anticipación a Dante, que, con su *Comedia*, forjó el toscano. En fin, siguiendo a Cervantes, todos los poetas antiguos escriben en la lengua que beben por vía materna, y no buscan en idiomas extranjeros el hecho de manifestar la grandiosidad de sus conceptos; el gran Homero no escribió en latín, porque era griego; ni Virgilio escribió en griego, porque era latino. La filosofía de Llull será siempre una filosofía de conversión y tenía como objetivo «mostrar ciencia al poble».